

CLÁSICOS DEL MOVIMIENTO

En esta sección de nuestro semanario serán publicados aquellos textos que por su importancia histórica, doctrinal y normativa han adquirido la categoría de clásicos del nacional-sindicalismo, que como movimiento, ha estado y está sometido a un proceso de elaboración, revisión y mejora.

Entendemos por clásicos del nacional-sindicalismo todos aquellos escritores que en las diferentes etapas históricas por las que ha pasado nuestro movimiento, mantuvieron la unidad histórica española, la integración nacional y todos aquellos principios que hoy día han venido a formar el ideario de la F. E. T. y de las J. O. N. S.

Hoy, quizás para aclarar esta pequeña introducción, vamos a dar a nuestros lectores un resumen del magnífico discurso de nuestro Caudillo, Francisco Franco, en la noche del 18 de Abril de 1937, en el que puso de manifiesto las raíces históricas del Glorioso Movimiento Nacional.

«El Movimiento que hoy nosotros conducimos es justamente esto: un Movimiento más que un programa. Y como tal está en proceso de elaboración y sujeto a constante revisión y mejora, a medida que la realidad lo aconseje. No es cosa rígida ni estática, sino flexible. Y que — como movimiento — ha tenido por tanto diferentes etapas.

La primera de estas etapas, a la que podríamos llamar ideal o normativa; es la que se refiere a todos los esfuerzos seculares de la Reconquista española para cuajarse en la España unificada e imperial de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II; aquella España unida para defender y extender por el mundo una idea universal y católica, un Imperio cristiano, fué la España que dió la norma ideal a cuantas otras etapas posteriores se hicieron para recobrar momento tan sublime y perfecto de nuestra Historia.

La segunda etapa la llamaríamos histórica o tradicionalista. O sea: cuantos sacrificios se intentaron a lo largo de los siglos XVIII, XIX y XX para recuperar el bien perdido sobre las vías que nos señalaba la tradición imperial y católica de los siglos XV al XVII. La mayor fatiga para restaurar aquel momento genial de

España se dió en el siglo pasado, con las guerras civiles, cuya mejor explicación la vemos hoy en la lucha de la España ideal — representada entonces por los Carlistas contra la España bastarda, afrancesada y europeizante de los liberales. Esa etapa quedó localizada y latente en las breñas de Navarra, como embalsando en un dique todo el tesoro espiritual de la España del XVI.

La tercera etapa es aquella que denominaremos presente o contemporánea, y que tiene a su vez diferentes esfuerzos sagrados y heroicos, al final de los cuales está el nuestro, integrador.

Primer momento de esta tercera etapa, fué el régimen de D. Miguel Primo de Rivera. Momento puente entre el Pronunciamiento a lo siglo XIX y la concepción orgánica de esos movimientos que en el mundo actual se han llamado «fascistas o nacionalistas».

El segundo momento — fecundísimo, porque arrancaba de una juventud que abría puramente los ojos a nuestro mejor pasado apoyándose en la atmósfera espiritual del tiempo presente — fué la formación del grupo llamado J. O. N. S. (Juntas Ofensivas Nacional-Sindicalistas), el cual fué pronto ampliado e integrado con la aportación de Falange Española, y todo él asumido por la gran figura nacional de José Antonio Primo de Rivera, que continuaba así, dándole vigor y dimensión contemporánea, al noble esfuerzo de su padre, e influyendo en otros grupos más o menos afines de católicos y de monárquicos que permanecieron hasta el 18 de julio, y aún hasta hoy, en agrupaciones también movidas por noble propósito patriótico.

Esta era la situación de nuestro Movimiento, en la tradición sagrada de España, al estallar el 17 de julio, instante ya histórico y fundamental, en que todas esas etapas, momentos y personas, influyeron para la lucha común.

Ante todo: Falange Española de las J. O. N. S., con un martirologio, no por reciente menos santo y potente que los mártires antiguos históricos, aportaba masas juveniles y propagandas recientes que traían un estilo nuevo, una forma política y heroica del tiempo presente, y una promesa de plenitud española.

Navarra desbordó el embalse, acumulando tenazmente durante dos siglos, de aquella tradición española que no representaba carácter alguno local ni regional, sino al contrario: universalista, hispánico e imperial, que se había conservado entre

aquellas peñas inexpugnables, esperando el momento oportuno para intervenir y derramarse; portando una fe inquebrantable en Dios y un gran amor a nuestra Patria.

Otras fuerzas y elementos encuadrados en diferentes organizaciones y milicias, también acudieron a la lucha.

Todas estas aportaciones al 17 de julio — vértice decisivo para el combate final que guardaba nuestra Historia — han luchado hasta ahora, encuadradas en lo militar, por los cuadros de mando de nuestro Ejército glorioso, y en lo político y civil, por sus respectivos grupos, jefes y consignas.

Por tanto, en vista de las supremas razones ya expuestas, es to es: el enemigo enfrente, y la coyuntura histórica de una integradora de todas las anteriores a nosotros, decidimos, ante Dios y ante la Nación española ¡dar cima a esta obra unificadora! Obra unificadora que nos exige nuestro pueblo y la misión por Dios a nosotros confiada.

Para llevarla a cabo nosotros ofrecemos dos cosas: la primera, que mantendremos el espíritu y el estilo que la hora del mundo nos pide y que el genio de nuestra Patria nos ofrece, luchando lealmente contra toda bastardía y todo arrivismo. Queremos milites, soldados de la fe y no politicastos ni discutiadores; y la segunda, que nuestro corazón y nuestra voluntad quedarán fijos en los combatientes del frente y en la juventud de España.

No queremos una España vieja y maleda. Queremos un Estado donde la pura tradición y substancia de aquel pasado ideal español, se encuadre en las formas nuevas, vigorosas y heroicas, que las juventudes de hoy y de mañana aportan en este amanecer imperial de nuestro pueblo.

Y ahora yo les diría a las naciones que carentes de sensibilidad e invadidas de un materialismo destructor, venden su prensa al oro de los rojos, entregan sus «radiodifusoras» a las propagandas criminales, comercian con los productos del robo y estrechan las manos de los salteadores y asesinos, que el enemigo mayor de los Imperios, que el más fuerte peligro para los países, no son los vecinos que un día lucharon noblemente en las fronteras, o los que resurgiendo a la vida internacional, con pujanza no igualada, reclaman un puesto en el disfrute del mundo; ha nacido un peligro mayor que es el bolchevismo destructor, la revolución en marcha del comunismo ruso; enemigo,